

APU CORDERO

p. 2

Por Sebastián SALAZAR BONDY

HABIA LOGRADO ganar el afecto de la ciudad. Ya no era el simple estrafalario, en el que la crueldad colectiva, por el grado de su particular modo de ser, se cebara dando pábulo al sadismo mil veces disimulado. Se le solía saludar a su paso: "Buenos días, Presidente", "Adiós, Emperador". Y él contestaba descubriéndose, con una sonrisa en los labios, de buen humor. De este modo, era un símbolo. Su originalidad consistía, más que en aspirar el mando supremo del país para, de acuerdo a su programa, restituir el paraíso que suponía había sido el Incario, en haber liberado y valientemente exhibir sus ambiciones de gobierno o poder. Si bajo la camisa de cada peruano, al modo del bastón de mariscal que en la mochila llevaban oculto los soldados napoleónicos, hay una posible banda presidencial, él tuvo la infrecuente sinceridad de colocársela sobre el pecho. Con ella, mostró sus condecoraciones —otra vanidad muy nuestra—, sobre el traje de etiqueta de las ceremonias que rigurosamente cumplía en las fechas famosas. Don Pedro Cordero y Velarde, sobre todo para los que hoy bordeamos los cuarenta años, era una institución, más rotunda, quizá, que muchas otras a las cuales las leyes nos obligan a considerar especialmente. Y nos parecía, sin pensarlo, inmortal; es probable que por ese carácter paradigmático que, en sí, su excentricidad tenía.

PERO HA muerto. No era cómico. Si hubiéramos observado atentamente su rostro de rasgos mestizos, habríamos distinguido la nobleza melancólica de sus ojos, la fuerza aquilina de su nariz, su mentón sin desconfianza, su porte de hombre libre del miedo, decidido a remontar sus fantasías hasta el último límite. Su fin tampoco ha sido el de la farsa. Sólo, entre sus cosas de música y política, cerró los ojos. La muerte ha de haber sobrevenido a su ser como una apoteosis, como la conquista de sus febriscentes anhelos de reforma nacional, en ese delirio que ya no es irreal porque conforma una verdadera vida más allá de la vida. Cuando recorría las calles con un atuendo de gala, no lo rodeaba la carcajada hostil. Por el contrario, si asomaba una sonrisa en los labios de los transeúntes, era un gesto amargo, el que provoca la tragicomedia. Tenía algo de retrato nuestro, de nuestra realidad profunda. Como cuando un niño, con su lógica inflexible y desasida de las convenciones, dice una de esas frases que nos hemos prohibido pronunciar, pero que son ciertas. Su desaparición es, un poco, la muerte de algo muy propio de nuestra idiosincrasia, de nuestra personalidad plural.

NO LE LLAMARIA loco, porque la palabra contiene algo feroz, violento, y él era pacífico y cordial. Tampoco merece el nombre de extravagante, pues precisamente, no andaba fuera de la realidad, sino sumido en ella, fabricando espitas de leche para los niños hambrientos, libertades y consuelos concretos para los maniatados de la sociedad actual, glorias heroicas para la patria que veía como un edén perdido pero recuperable. Menos, por cierto, le corresponde la calificación de pintoresco, como un objeto o un hecho del folklore. Simplemente fue soñador de un sueño que, sin ser compartido por todo el resto, nos tocaba con su ala blanca a la vuelta de cualquier esquina, en medio de los ajetreos, cuando más hundidos en la vigilia estábamos. Con él desaparece un fragmento del tiempo que hacía posible existir sin complicaciones, en el nivel de la imaginación, consentido alegremente por la ciudad. Un trozo del Perú que se desconocía y poseía de sí una idea mágica. Más que muchos de su generación, se ha ganado una flor fresca de afecto sobre la tierra que lo incorpora a su polvo eterno.